

particular mención, porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo; fuera de que Cide Hamete^a Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las^b cosas;

a. ...Cide Mahamete Benengeli. C.^{1,3}.
BR.^{1,2}. — ...Cide Mahamete Benengeli.

L.^{1,2}, V.^{1,2}, BR.³, MIL., AMB. = b. ...en
todas cosas. A.¹.

nota, en la que luce sus conocimientos históricos, muy superiores, fuerza es declararlo, á los del entendido Pellicer:

«Por lo que se observa en varias partes del *Quijote*, no puede dudarse que Cervantes aludió frecuentemente á sucesos y costumbres de su era, y que sus contemporáneos hubieran encontrado con facilidad la explicación y la clave, digámoslo así, de muchos de sus incidentes, lo que ya es muy difícil ó imposible. La mención de un arriero, de quien *quieren decir que era algo pariente* de Cide Hamete Benengeli, parece que se refiere á lo común que era la profesión de arriero entre los moriscos de España. Las Cortes de 1592 representaban á Felipe II que los moriscos se dedicaban con preferencia á los ejercicios propios del trajin y comercio menudo de subsistencias, sin tratar de adquirir bienes raíces; y proponían que se les obligase al cultivo de las tierras, y á que sólo vendiesen sus propios frutos, y, cuando más, que se les permitiesen las profesiones de industria sedentaria y residencia fija en los pueblos. Eran los moriscos tan dados á la arriería, que, según el autor coetáneo de unos *Discursos políticos sobre la provisión de la corte*, que existen manuscritos en la Biblioteca Real, y cita Pellicer, la falta de algunos millares de arrieros que produjo la expulsión á principios del siglo XVII, hizo encarecer extraordinariamente los portes. En especial de los moriscos de Hornachos, pueblo de Extremadura, distante cinco leguas de Llerena, cuenta el Dr. Salazar de Mendoza, canónigo de Toledo, en su libro de las *Dignidades de Castilla* (1), que muchos eran arrieros, y así sabían cuanto pasaba en España y aun fuera, pues tenían correspondencia con turcos y moros; y que venían á Toledo por una senda que llamaban *moruna*, la cual iba por despoblado las cuarenta leguas que hay desde Hornachos. Como Cervantes habla tanto de los moriscos en el *Quijote*; como estuvo tan informado de las cosas de Toledo, según muestra en muchos lugares de sus obras; como fué casado y vecino en Esquivias, donde serían comunes estas noticias que no disminuiría el vulgo, ocurre sin violencia la sospecha de que en este episodio de la venta aludió á los moriscos de Hornachos, y que si supuso al suyo de Arévalo, donde no se sabe que hubiese moriscos, sería por disimular su intención y malicia. El autor de las *Dignidades de Castilla* afirma que los habitantes de Hornachos eran todos moriscos; y así debió ser con pocas excepciones, puesto que, según el *Censo español* del siglo XVI, dado á luz por D. Tomás González (2), el pueblo constaba de mil sesenta y tres vecinos, y los expulsos del mismo pueblo, según Salazar de Mendoza, llegaron á tres mil. Tratábanse como república aparte: tenían sus juntas en una cueva de la sierra, y allí batían moneda. De su inclinación al ramo de minería y beneficio de la plata, hay noticia en la de las *Minas de Guadalcanal*, publicada por el mismo D. Tomás González, y allí se ve que en Hornachos solía fundirse y afinarse el material que se hurtaba en las minas del rey; y allí también se hace mención de un Francisco Blanco, morisco de Hornachos, que

(1) Lib. IV, cap. 5, § 6.

(2) Pág. 82.

y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras^a, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves que nos cuentan las

a. ...raras. A.², CL., RIV., GASP.

por la fama y crédito de su habilidad fué buscado por los ministros reales, y trajo cuarenta hombres *de su nación*, con los cuales hizo grandes progresos en las labores; siendo de notar que, á pesar de sus conocimientos metalúrgicos, se ocupaba en el oficio de la arriería antes de ser empleado en las minas, donde llegó á ser capataz y trabajó por espacio de veinte años. La conducta de los moriscos de Hornachos era tal, que se hizo especial mérito de ella en los decretos de la expulsión general entre los motivos que la ocasionaban. Así se ve en el de 9 de Diciembre de 1609, donde á consecuencia de esto manda el rey que salgan de sus dominios los moriscos, «sin exceptar ninguno, que vivan en los reinos de Granada y Murcia, Andalucía y la dicha villa de Hornachos». Todas estas particularidades reunidas hacen creíble que, en la relación de los sucesos de la venta, Cervantes tuvo presentes y quiso indicar á los arrieros moriscos del mencionado pueblo. » (*Notas al «Quijote»*, t. II, pág. 28.)

Parece muy verosímil la sospecha del erudito Clemencin.

1. ...y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras. — Furtivamente (digámoslo así, ya que la innovación se hizo sin dar cuenta al lector), Navarrete, con ligereza impropia en tan benemérito cervantista, substituyó la voz *rateras* por la de *raras*. Siguióle Clemencin, Rivadeneyra y Gaspar y Roig, sin explicar el fundamento de tal novedad. No se conformó con ella ni Hartzenbusch ni Fitzmaurice-Kelly, quien, con todo y ser extranjero, califica la enmienda de *dañosa*. Su juicio nos parece acertado.

Si Acosta, uno de nuestros antiguos naturalistas, habla de jumentos y animales *rateros*, incluyendo en los últimos á los que se *arrastran*; en cambio, Nieremberg (1), dejando á un lado la primera acepción de la palabra, escribe: «No hay cosa más cierta, más constante, que la inconstancia de las cosas en esta naturaleza *ratera* y baja material.»

Luego *ratera*, en sentido traslaticio, no significa el que se *arrastra*, sino cosa *baja*, *ruin*, *grosera*, que es idéntica significación á la dada por el autor del *Quijote* cuando dice en una de sus *Novelas ejemplares*: «...muchos no son arrojados, insolentes, ni mal criados, ni *rateros*;» esto es, que no son *groseros* ni *vulgares*.

Que la voz *ratero* se acomode, en su raíz y derivaciones latinas, con lo mínimo, con lo pequeño, con lo de escaso valor, lo confirma Du Cange cuando aduce este pasaje: *Misimus vobis parva aenia, id est Reptem ruptilem unan*, etc.

¿Por ventura no habla Cervantes, en todo este capítulo, cuan largo es, de cosas *bajas*, *rastreras*, *vulgares* y *ruines*? ¿Acaso merecen la calificación de *raras*, *estupendas* y *maravillosas* las que ha referido desde el principio de esta narración? En verdad que no.

Podrá disonar al lector moderno la frase *cosas mínimas y rateras*, ya que él diría, acogiendo á los sinónimos de la última voz, «*mínimas*», *realmente sin importancia*, *humildes de suyo*, *insignificantes por todo extremo*; pero Cervantes, hombre de gran lectura, que se gallardeaba en jugar con la lengua, y que al

(1) *Filosofía curiosa*, lib. I, cap. 45.

acciones tan corta^a y sucintamente que apenas nos llegan á los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia ó ignorancia, lo más substancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el^b autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del^c otro libro donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas*! ¡Y con qué puntualidad lo describen todo! Digo, pues^d, que, después de haber visitado el

a. ...cortas. AMB. = b. ...veces autor. BR.₂. = c. ...de. MIL. = d. Digo que. L._{1,2}.

colgar su pluma pudo dirigirle sin asomo de orgullo el tan conocido apóstrofe; Cervantes usó aquí de propósito, deliberadamente, de industria, el término *rateras*, y diríase, como de sí cuenta uno de nuestros escritores místicos, que la mano le quedó más sabrosa, pues no había cometido pecado contra la propiedad de los vocablos, virtud eximia del lenguaje.

Hase dicho (fuerza es alejar toda sombra de duda) que el término *rateras*, en la significación de *bajas, rastreras, ruines, viles*, disuena al lector moderno, mejor aún, á escritores bisonños, si vale la frase. No disonó á los maestros en bien decir; y, para no citar á los del siglo de oro, ahí va una autoridad intermedia, con relación á la época en que vivió. Jovellanos, en su *Información sobre la Ley Agraria*, escribe: «Los sistemas parciales, los proyectos quiméricos, opiniones absurdas, y las máximas triviales y *rateras*...»

¡Ni de perlas! Cervantes dice: Cide Hamete, historiador puntualísimo, ha referido todas las cosas *mínimas y rateras* que tocan al cuento de Maritornes y el arriero de Arévalo. Por tanto, no abandonaremos la lección *rateras* mientras no se pruebe que en este episodio hay elevadas ideas, grandeza de imágenes, delicadeza de sentimientos. Si tales prendas lo avalorasen, entonces habría en él algo extraordinario, y la voz *raras* sería en este caso la más propia. Á los cervantistas compete, si nuestro razonamiento fuere falso, destruirlo con sólidos argumentos.

3. ¡Bien haya mil veces el autor de «*Tablante de Ricamonte*», y aquel del otro libro... ¡Y con qué puntualidad lo describen todo! — «La *Crónica de Tablante de Ricamonte y Jofre, hijo del conde D. Assón*, que en ediciones modernas y viciadas es llamado *Jofre Donasón* y *D. Nasón*, la cual se dice compuesta por un tal Nuño de Garay, aunque en la impresión de Sevilla de 1599 se dice haberlo sido por Felipe Camús (1). Forman el argumento de este libro las aventuras de un

(1) «Felipe Camús tradujo al francés el *Oliveros de Castilla* y la *Historia de Clamades*; y así no es de suponer que escribiese esta historia en castellano, mucho menos las de *La linda Magalona* y *Roberto el Diablo*, que también le atribuye nuestro D. Nicolás Antonio. Más probable parece que su nombre, como el de Nicolás de Piamonte, Pierres de la Floresta (*Pierre de Laforest*) y otros, sirvió á los editores é impresores de este linaje de libros (no muy escrupulosos por cierto) para autorizar con ellos sus publicaciones. Clemencín (t. II, pág. 30), inducido en error por esta circunstancia, pretende que el *Tablante* es obra francesa; pero ni manuscrita ni impresa se halla, que sepamos, en aquella lengua. Más fácil se nos haría creer que la hubiese en provenzal ó en catalán, pues hubo un conde de Barcelona llamado Aizón ó Azón, y el nombre de *Tablante* (*Tablant*) nos parece tener el mismo origen. Como quiera que esto sea, ó la historia ha llegado á nosotros muy reducida y alterada, ó no se puede aplicar á ella lo que Cervantes (I parte, cap. 16) dice de *la puntualidad con que está descrito todo*, pues cabalmente es de las más sucintas y atropelladas que en su género hemos leído.»

arriero á su recua y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas y se dió á esperar á su^a puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bismado y acostado; y, aunque procuraba dormir, no lo

a. ...á la puntualísima. Tox.

caballero llamado *Tablante*, que vivía en tiempos del rey Artús. Deseando ganar prez y honra, deja su castillo de Ricamonte y se presenta en la corte de aquel monarca, desafiando á todos los caballeros de la Tabla Redonda. Aceptado el reto por uno de ellos, llamado el conde D. Millán, *Tablante* vence á su contrario y le lleva preso á su castillo. Un doncel del rey Artús, llamado Jofre, hijo del conde D. Assón ó Azón, toma sobre sí la empresa de libertar al conde. En el camino topa con Montesinos el Fuerte, que maltraía una doncella llamada Bruniesen: le vence, y gana el afecto de esta dama. Después de mil peligrosas aventuras llega al castillo de Ricamonte, se combate con *Tablante*, le vence, liberta al conde D. Millán, y todos juntos pasan á la corte del rey Artús, donde D. Jofre casa con Bruniesen, y *Tablante* con la hermana de otro caballero.» (GAYANGOS. *Discurso preliminar de los libros de caballerías*. — «Biblioteca Rivadeneira», t. XL, pág. xv y xvi.)

Después de copiada esta nota, hemos tenido ocasión de leer, en dos hermosos ejemplares que se guardan en la Biblioteca Nacional, la historia que con harta y lamentable rapidez cuenta D. Pascual de Gayangos.

Confiesa Clemencín no haber leído el primero de estos libros; y, como quiera que la nota de Gayangos sea insuficiente para dar idea de la tan celebrada puntualidad, parécenos conveniente ofrecer al lector de lo que el novelista, con suave ironía, á par que con profunda intención, llama *puntualidad* del historiador.

Él, sublime maestro en historias ficticias, si vale la paradoja, ¿podía alabar sinceramente una cuyo título es ya prenda de difusión y dice así?: *Crónica de los nobles caballeros Tablante de Ricamonte, y de Jofre, hijo del conde Donasón, y de las grandes aventuras y hechos de armas que ovo yendo á libertar al conde don Millán, que estaba preso, como en la crónica siguiente parescerá, la cual fué sacada de las crónicas y grandes hazañas de los caballeros de la Tabla Redonda*.

Cervantes, que con gallarda concisión hace el enunciado de sus capítulos, ¿podía encomiar la infantil pesadez de éstos?:

«CAP. I. — Cómo *Tablante* de Ricamonte vino á la corte del rey Artús y se combatió con el conde don Millán y le venció y lo llevó preso al castillo de Ricamonte y le mandó azotar dos veces en año por deshonor del rey.

CAP. II. — Cómo Jofre demandó licencia al rey para se ir, porque el rey no le quería armar caballero para ir en busca de *Tablante* por vengar al conde, y cómo á la postre la reina lo hizo hacer y lo fué á buscar, y de las aventuras que le acontecieron en el camino.

CAP. III. — Cómo yendo Jofre en busca de *Tablante* estando reposando lo oviera otro caballero pensando que era su enemigo porque traía así las armas, y Jofre se libró y se combatió con él y lo venció y lo envió preso á la corte.»

Ni una línea más debiera añadirse; y, con todo, no holgará advertir, á los que sólo descubren en el *Quijote* un sentido esotérico, que mil y mil pasajes, entre ellos la blanda ironía del que encabeza esta nota, ponen de resalto que el blanco á donde principalmente se tira, en esta prodigiosa y no por todos bien comprendida sátira, es contra lo desatentado é inartístico de los libros caballerescos.

consentía el dolor de sus costillas; y D. Quijote, con el dolor^a de las suyas, tenía los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara que, colgada en medio del portal, ardía.

5 Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia^b, le trujo^c á la imaginación una de las^d extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fué que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que, como se
10 ha dicho, castillos eran, á su parecer, todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había enamorado dél y prometido que aquella noche, á furto^e de sus padres, vendría á yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera, que él se había fabri-
15 cado, por firme y valedera, se comenzó á acuitar^f y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en

a. ...con el de las. ARG.₂. = b. ...de sus desgracias. RIV., FK. = c. ...trajo. AMB., MAI. = d. ...una de las más ex-

trañas locuras. TON. = e. ...á furto. MAI. = f. ...comenzó á acuitar. L.₂, V._{1,2}, MIL., GASP.

9. ...se imaginó haber llegado á un famoso castillo. — En la exaltada imaginación del héroe, los molinos se convierten en gigantes, las mozas de partido en doncellas, las ventas en famosos castillos; y es que las lecturas caballerescas eran parte á que amoldase sus situaciones á cuantos trances casi iguales recordaba haber acontecido á otros caballeros. No podía menos de imaginarse que un caballero andante había de encontrar un mundo poblado de quimeras y endriagos. Por eso cree, al topar con la primera venta, que es un castillo, y saluda al ventero por castellano, y á la Tolosa y á la molinera por damas, y el castrador de puercos, que tocaba el silbato de cañas, se le imagina ser un músico que alegra la misera consolación de la vida.

15. ...se comenzó á acuitar. — *Acuitarse, caer de ánimo*, está entre las voces notadas de arcaicas por Valdés, y que, no obstante, place oírle á D. Quijote, que se supone vivió en época muy anterior. Por análoga razón no desagrada en el primero de estos dos ejemplos, y aun la vemos con no poca complacencia en el segundo, por hallarse entre otras que no ocultan su venerable antigüedad:

« Maestro famoso, sutil y capás,
Que en todas las artes fuestes sabidor,
Non vos *acuitedes*, limpiad vuestra fas,
Que á pasar abredes por este dolor. »

(ANÓNIMO. *La danza de la muerte.*)

« Catad que mis hijos demandan de mí
De ser aducidos en santa equidad;
Á non *acuitallos* las mientes parad. »

(L. MORATÍN. *Poesías sueltas. « Al principe de la Paz. »*)

su corazón de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dueña^a Quintañoña se le pusiesen delante.

Pensando, ^b pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual, en
5 camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustán, con táticos y atentados pasos, entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero; pero apenas llegó á la puerta cuando D. Quijote la sintió, y, sentándose en la cama, á pesar de sus
10 bizmas y con ^c dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir á su hermosa^d doncella. La asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido, topó con los brazos de D. Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y, tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar
15 sobre la cama; tentó^e luego la camisa, y, aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio^f, pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales; los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía; y el aliento, que, sin
20 duda alguna, olía á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático^g; y, finalmente, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que lo había leído^h en sus libros de la otra princesa que vino á ver al ⁱ mal ferido caballero, vencida^j de sus amores, con todos los adornos que
25

a. ...con su dama Quintañoña. C._{1,2,3}, L._{1,2}, V._{1,2}, BR._{2,3}, MIL., AMB., TON., A.₁, BOW., MAI., FK. = b. Pensando Dulcinea, pues. MAI. = c. ...y el dolor. TON. = d. ...hermosa. MAI. = e. ...tentóla. AMB. = f. ...de vidrio. RIV., GASP., ARG._{1,2}, BENJ., FK. = g. ...á él le pareció un olor suave y aromático que arrojaba de su boca. ARG.₂. = h. ...y modo

lo que había leído. C._{1,2,3}, L._{1,2}, V._{1,2}, BR._{2,3}, MIL., AMB., BOW. — ...y modo de lo que había leído. TON. — ...modo que lo que había leído. A.₁, PELL., ARR., MAI. — ...modo que él había leído. ARG._{1,2}, BENJ. = i. ...el mal. C._{1,2,3}, L._{1,2}, V._{1,2}, BR._{1,2,3}, MIL., AMB., TON., BOW. = j. ...vencido. C._{2,3}, V._{1,2}, BR._{1,2,3}, MIL., AMB., A._{1,2}, BOW., ARR., GASP., MAI.

20. ...y el aliento, que, sin duda alguna, olía á ensalada fiambre y trasnochada. — De otra fregona dijo más tarde Cervantes: «...le huele el aliento á basuras desde una legua; todos los dientes de arriba son postizos, y tengo para mí que los cabellos son cabellera; y para adobar y suplir estas faltas, después que me descubrió su mal pensamiento, ha dado en afeitarse con albayalde, y así se jabelga el rostro, que no parece sino mascarón de yeso puro. »

23. ...de la misma traza y modo que lo había leído en sus libros de la otra princesa que vino á ver al mal ferido caballero. — El genio es, de suyo, creador. Cer-

aquí van puestos; y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudiesen hacer vomitar á otro que no fuera arriero: antes le parecía que tenía entre sus brazos á la diosa de la hermosura. Y, teniéndola bien asida, con voz amorosa

vantes lo fué, y por eso no copia: de ahí la dificultad de encontrar en los libros caballerescos un cuadro idéntico al que inspiró á D. Quijote en tal instante. Pinturas análogas, si las hay, y más realistas que la presente, tanto, que la pluma se resiste á transcribirlas íntegramente.

Léese en el libro segundo de *El caliente é invencible caballero D. Belianís de Grecia* (1):

«Así fué que una noche, ya que las dos partes della serian pasadas y D. Belianís dormía, tomando algún tanto de descanso de las graves y mortales cuitas que comúnmente padecía, la princesa, que no dormía, imaginando en los crueles desvíos de aquel caballero, levantándose de su lecho, tomando una vela de cera, se fué para el suyo; y, sentándose sobre la cama, con la vela en la mano, se paró á contemplar en la lindeza de su figura, representándose todos sus dolores y trabajos, pareciéndole...; y que si tal pasase, cuánta desdicha y desventura sería la que los dioses le tenían aparejada; deseaba saber por quién su corazón estuviese aprisionado, para ver si de mayor merecimiento que el suyo fuese; revolvía entre sí muchos y muy diversos pensamientos, todos los cuales en contra de su deseo combatían su tan afligido y apasionado corazón; recodada sobre su mejilla, tenía su rostro algo apartado del suyo, mirándole de hito en hito tan sin pestañear ni revolver los ojos, que parecía tenerlos enclavados; derramaba tantas lágrimas que todo el rostro y pechos del príncipe tenía bañados, con lo cual el príncipe D. Belianís recordó, y, sintiendo el llorar y sollozar de Imperia, fingió todavía dormir esperando á sentir qué fin habrían sus tan amargas lágrimas, no le moviendo compasión alguna para que en darle remedio pensase, dado que en extremo gran pesar tenía en ver aquella princesa tan apasionada; la cual, prosiguiendo en el deleite de su comenzada vista, quemando sus entrañas con bravo y cruel fuego de alquitrán, comenzó á decir: «— ¡Ay de ti, princesa Imperia, tan herida y lastimada de crueles fuegos... por la voluntad deste tan despiadado y cruel caballero! ¡Ay de ti, que pienso que la grandeza de tu estado es la que en este punto te daña!... ¡Ay de mí, que, siendo quien soy, el amor me quiera tratar tan áspera y rigurosamente, haciendo que no sólo no sea querida, amada ni deseada por quien yo quiero!... ¡Ay caballero de los basiliscos! Si determinado tienes de me dar la cruel muerte, ¿por qué no me desengañas, para que ni con mis importunaciones te moleste, ni con tantas ansias te fatigue?...» Determinándose D. Belianís á desengañarla, porque de todo punto no le importunase..., fingió despertar como despavorido, y, viendo á la princesa, mostró maravillarse diciendo: «— ¿Qué es esto, mi señora? ¿Y la vuestra merced tiene alguna necesidad, que así tan ásperamente la hace tratarse?»

Á los largos razonamientos de amor y desvío que entre la princesa y el caballero pasaron, hasta el punto de que, desengañada, le da licencia para partirse, á todo ello añade el autor esotra escena:

«...y con esto derramaba la linda princesa tantas lágrimas, daba tantos suspiros y sollozos, que el corazón se le arrancaba, tanto que, no siendo parte

(1) Burgos, 1587; cap. 24, fol. 164.

y baja le comenzó á decir: «— Quisiera hallarme en términos, hermosa y alta señora, de poder^a pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran hermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir á los buenos) ponerme en este lecho, donde yago^b, tan molido y quebrantado, que,

a. ...de pagar. L.^o. = b. ...donde yazgo. MAI.

para los más resistir, aunque lo procuró, le tomó tal desmayo, que, quedando fuera de su acuerdo, recostó la cabeza sobre D. Belianís, que, viéndola de tal manera, no hay dolor que con el suyo recibiese comparación... consigo mil exclamaciones lastimosas revolvía... de suerte que, cerrándosele el corazón, quedóse de la misma suerte que la princesa Imperia estaba...»

Y en el *Amadis de Gaula* (lib. I, cap. 1) se lee este otro pasaje:

«...é soñaba que entraba en aquella cámara por una falsa puerta y no sabía quién á él iba, y le metía las manos por los costados, é, sacándole el corazón, le echaba en un río. Y él decía: «— ¿Por qué fecistes tal crueza?» «— No es nada esto, — decía él, — que allá os queda otro corazón, que yo vos tomaré, aunque no será por mi voluntad.» El rey, que gran cuita en sí sentía, despertó despavorido é comenzó á santiguar. Á esta sazón habian ya las doncellas la puerta abierto y entraban por ella; é como lo sintió, temióse de traición por lo que soñara, y, levantando la cabeza..., vió el bulto de las doncellas... É Darioleta, cuando así lo vido, dijo: «— ¿Qué es eso, señor? Tirad vuestras armas, que contra nos poca defensa vos ternán.» El rey, que la conoció, miró é vió á Elisena, su muy amada..., é fué á tomar á su señora entre los brazos... El rey quedó solo con su amiga, que á la lumbre de tres hachas que en la cámara ardían la miraba...»

5. ...en este lecho, donde yago, tan molido y quebrantado. — En labios de D. Quijote, el verbo *yacer* tiene cierto aire de majestad, y ¿por qué no decir sabor arcaico?

En el cap. 2 de la *Historia de la reina Sevilla* (1551), se lee: «É la reina que yacia durmiendo sola...»

Y más tarde, Lope, maestro supremo hasta en pormenores técnicos, nos lo enseña indirectamente en estos dos ejemplos, empedrados de voces anticuadas:

«LAÍN. Pues, ¿por qué te vas, señora,
Y non me quieres fablar?
Aguarda, percata un poco
La fiera cuita en que yago;
Guariré menos que loco.»

(*Las famosas asturianas*, acto II, esc. V.)

«DON GARCÍA. Si á los vuestros pies non yago,
Non hay ál que me contente.»

(*Las famosas asturianas*, acto II, esc. XIII.)

Cuando Quevedo corre tras lo solemne, dice:

«Yo que supe daros reinos
Yago desterrado aquí.»

(*Silva XXVIII.*)